

El Geólogo Robert Stewart en Ocú y Tonosí, 1963.

Por: Stanley Heckadon-Moreno

Por 30 años, Robert Stewart (1918-2002), fue geólogo del canal. Estudió los ensanches de la vía, los derrumbes de Corte Culebra y la búsqueda de una ruta para un canal a nivel. Fue consultor para proyectos del gobierno nacional, como las represas de La Yeguada y Bayano y empresas privadas. Le apasionaban las formaciones rocosas del Istmo. Como diría al *Spillway*, en 1993, “en muy pocos lugares del mundo hay tal variedad de mezclas geológicas en un lugar tan pequeño.”

Tierra Firme fue el primer nombre dado por los españoles a Panamá. Para Stewart, su pasado geológico, era más antiguo, violento y desconocido. Por millones de años los volcanes configuraron el paisaje, sus explosiones lanzando ríos de lava, toneladas de cenizas y gases. Violentos terremotos sacudían la angosta tierra y gigantescos maremotos la barrían de mar a mar. En Corte Culebra, 1961, Stewart encontró la caparazón de una tortuga que habitó la región hace 15 millones

de años. Vivía en un lago dulce tan grande como lago Gatún. También dio con fósiles de rinocerontes, venados, camellos y felinos.

Instituciones científicas solían pedirle que apoyase sus estudios de campo. Colaboró con más de dos docenas de renombrados museos y universidades. En 1969, el Smithsonian le otorga medalla al mérito por sus valiosos apoyos a su Museo de Historia Natural.

Stewart llevaba un diario. Gracias a sus descendientes, Douglas Allen y su esposa Grettel Villalaz, podemos compartirlo con los lectores de **EPOCAS**. Hoy sus notas narran su viaje a la península de Azuero con los botánicos del Museo de Historia Natural del Instituto Smithsonian. Ello para comparar la vegetación actual con la existente hace 15 millones de años. Primero colectan en Ocú, luego en Tonosí, región selvática recién conectada por una trocha cortada por Ovidio Díaz. Veamos sus notas de su estudio en Azuero, en pleno carnaval del 63.

Marzo 4, Los bosques fósiles de Ocú

“Tuve un magnífico viaje con los del Instituto Smithsonian a la Península de Azuero. Primero a Ocú y alrededores. Llegamos la semana antes de Carnaval y vimos la celebración del centenario del nacimiento de uno de los grandes líderes de Ocú. Con discursos, cantos y bailes con vestidos típicos y un tamborito bailado por niños. Nos divertimos viendo los bailes hasta la madrugada. Waldo y yo dormimos en el cuarto de empleadas, pues en la posada no había cuartos. Por dos días colectamos madera petrificada entorno a Ocú. Jamás había visto tanta madera en un sitio. En algunos puntos la madera petrificada cubría acres. Encontré piedras calizas que desconocía, llenas de fósiles, equinoideos, erizos de mar y foraminíferos. Las rocas aquí son mucho más viejas que lo que se pensaba.”

“Mientras colectábamos madera petrificada, el Dr. Stern, del Smithsonian, colectaba plantas que florecían en el área. Ello para comparar los bosques del antiguo Mioceno [23 a 5 millones de años atrás], con los que hoy crecen aquí. Le ayudó en establecer la edad del material fósil, que no es fácil”

“Regresamos a la Zona del Canal y la siguiente semana fue de corredera. Preparando el viaje al sur de Azuero, a Tonosí. A media noche Waldo y yo partimos para Ocú. Como todos carnavalesaban el camino estaba sin tráfico. Tres horas después, a las 3 a.m. salimos de la carretera en Natá a dormir. A las seis a.m. nos levantamos, llegando a Ocú a tiempo para desayunar. Ocú había tenido tremenda fiesta la primera noche de carnaval. La segunda noche fue más ruidosa y bullanguera. No dormimos mucho.

“Al amanecer empacamos todo en el camión y la camioneta rumbo a Tonosí. A quienes parábamos y preguntábamos si podía pasarse por el camino a Tonosí decían “imposible”. No creíamos todo lo que decían. No queríamos volar a Tonosí, pues allí no tendríamos transporte. Al salir un gracioso le había sacado el aire a



Los bosques fósiles de Ocú, cuyo pasado se remonta al Mioceno, 15 millones de años atrás. Foto, Robert Stewart, 1963. Cortesía, Douglas y Gretel Allen.

una llanta. La arreglamos. Mas delante estalló otra llanta. Pusimos el repuesto y manejamos a Chitré a comprar llanta nueva. Almorzamos y salimos para Macaracas. Tuvimos otro flat. Pusimos la llanta nueva y seguimos. Topamos un carro dañado con cinco pasajeros varados, a cinco millas del pueblo más cercano. Los metimos a la camioneta y los llevamos al pueblo. Fueron muy colaboradores, ayudaron a reparar la llanta y encontrar una sitio donde dormir.”

“Era la tercera noche de Carnaval. Con bailes y festejos bien entrada la noche. Tras cenar vimos la bailadera y nos invitaron a participar de la fiesta. Me presentaron a la reina del carnaval del pueblo y tuve el honor de bailar el baile típico panameño con ella. Fue divertidísimo.”

Tonosí, en carnavales

“Al día siguiente nos advirtieron que quizás llegaríamos a Tonosí, pero la camioneta solo hasta Macaracas. La estacioné en el pueblo de Macaracas. El camino de Macaracas a Tonosí es muy bello. Subíamos y bajamos cerros y montañas hasta el valle del Tonosí. El Valle, de dos a tres millas de ancho, con el río serpenteando por el medio. Es hermoso. A ambos lados, lomas altas cubiertas de selva.”

“No había donde dormir. Fuimos donde el Alcalde que consiguió dos catres. Waldo y yo guindamos nuestras hamacas atrás, donde había un corralito y cuatro escusados. Nos visitaron un toro Brahma, un cerdo, gallinas y sapos muy alegres. Guindamos las hamacas entre dos palos de mango y un cocotero. Nos presentaron al dueño del restaurante del pueblo, dama agradable, pero cuyas destrezas dejaban que desear. La cocina era la típica cocina rural, un fogón de piedras sobre plataforma de tierra.”

“El agua venía de un pozo a solo dos pies de los escusados. Le pusimos clorox al agua antes de beberla. No sabían lo que eran platos limpios. Una toalla sucia servía para limpiar la mesa, los cubiertos, los platos, las

manos, las ollas y sartenes. A veces la muchacha limpiaba las cosas sobándolas con sus dedos grasientos. La comida estaba OK. Si te gustaba la comías y si no también, era todo lo que había. Esta gente carece de hábitos de limpieza e higiene.”

“Esa tarde nos invitaron a visitar a Mr. Peck, quien había vivido en el valle más de treinta años. Es americano y sorprende el contraste de su entorno con el resto del poblado. Su casa brilla, tiene planta eléctrica y su tienda lámparas fluorescentes. Tenía una buena biblioteca con los últimos libros y revistas. Era muy leído. El pueblo carecía de electricidad, salvo lámparas de querosín. Las calles sin luces. Los focos de mano que trajimos fueron útiles para prensar plantas y escribir notas en la noche.”

“A Waldo le decían “Mr. pipa”, siempre buscaba pipas para tomar. Waldo era el más chico del grupo. Le seguía Mr. Edward Ayebusu, de Ghana, Africa Occidental. Una personalidad, un gran individuo, con chispa, humor y profundos conocimientos. Graduado de la Universidad de Miami, Ohio, donde mi madre y yo nos graduamos. Hizo muchos amigos en el Interior, hasta entre esta gente con muchos prejuicios. Estuvimos muy contentos de tenerlo con nosotros. Bill Stern era jefe del grupo. Concibió el proyecto y obtuvo la beca de la National Research Council para el estudio. Era de porte mediano, como yo, ingenioso y considerado. Con un PHD en Botánica y muy bueno en ello. Richard Eyde era el alto, seis pies y seis pulgadas, con chispa y humor, sabía tomar bromas. Un día fui con el grupo al mercado y la gente quedó boquiabierto. Al pasar levantaban los ojos admirados y murmuraban “El Gigante” y “qué chico”.

“Esa tarde hicimos nuestra primera colecta botánica, encontrando muchos especímenes. Al regresar al pueblo topamos una multitud de campesinos rumbo al poblado, en sus mejores ropas domingueras, joyas, polleras y montunos. En la distancia sonaban los tambores del pueblo. Al acercarnos, la cantadera y toque de tambores eran más altos. La plaza, especie de triángulo, abarrotada de gente, adolescentes o en sus veinte. Cientos revoloteaban en dos grupos. Cada grupo giraba alrededor a unos tocadores de tambor que trataban de opacar al otro grupo. Cada grupo tenía banderas de diversos colores y diseños. Un grupo era Calle Arriba, el otro Calle Abajo. La bandera de Calle Arriba tenía una vista del Puente de Balboa y la bandera de Calle Abajo una escena se suponía eran las orillas del canal.”

“Cada grupo se agarraba de brazos, marchaba calle arriba y calle abajo, giraban en estrecho círculo cantando, bailando y marchando a la vez. La cantadera y bailadera duró toda la noche. Al no poder acercar el camión a nuestra oficina, laboratorio y dormitorio, lo

estacioné afuera del poblado donde sirvió de gradería a los niños. En brazo cargamos nuestras coletas a los cuartos.”

“Entre el ruido y polvo del carnaval prensamos plan-tas, guindamos las hamacas e intentamos cenar en el restaurantito. Al anochechar las cosas tomaron

mas forma. Los que marchaban, los tamboreros y bailadores, cargaban botellas de aguardiente animando la fiesta. Pronto las bellas polleras estaban ajadas, cubiertas de polvo. Siguió la bailadera y repicadera de tambores. Súbito comenzó el mayor despliegue de fuegos artificiales que había visto, hasta en la ciudad de Nueva York. No por su variedad o belleza, sino su número. Todos hechos en casa. Hacían los fuegos artificiales enrollando cartón y periódicos a una vara. Los sostienen en una mano, los prenden y despegan. Algunos fuegos artificiales llevaban cohetes y a veces pedazos de dinamita amarrados a la cabeza.”

“Las dos cantinas del pueblo competían en el volumen de la música para que la gente bailara. Dormimos poco por el estruendo de los fuegos artificiales y los cohetes que al quemarse llovían en torno al edificio. A las cinco a.m. ocurrió el mayor estruendo jamás escuchado. Pensé alguien había sufrido un accidente y que los cohetes le habían estallado en la mano. El edificio tembló y pensé iba a caerse. Todos corrían y tocaban tambores. En el centro de la calle habían colocado unos postes. De los postes guindaron sogas hasta los edificios sobre la calle. Sogas de 100 a 500 pies de largo. Cada cinco pies ataban un cuarto de barra de dinamita y entre cada barra de dinamita un rollo de cohetes. Las sogas guindaban de los postes, hasta los porches de las casas, luego bajaban a la calle y cruzaban al otro lado. Luego la policía hizo retroceder a la gente y prendieron la mecha. Pum, bum, bang. Esto siguió por tres horas. Cada vez que reventaban una soga con dinamita, prendían otra en otra parte del pueblo. En medio de todo disparaban docenas de fuegos artificiales.”

“Los próximos días fueron calmados. No soplaban viento, estaba caliente e incomodo. Luego del carnaval fuimos mas allá de Tonosí, al sur, hasta unas montañas donde pasamos un gran momento colectando plantas y toda clase de especímenes de árboles. Al atardecer al regresar al pueblo secábamos las plantas en las prensas. Nunca había dado mucha

atención a las plantas de esta región, así que aprendí mucho sobre la botánica de Panamá, especialmente sobre la Península de Azuero.”

“Para entonces era muy tarde para subir a las altas montañas. Al enterarnos que el próximo sábado habría otra fiesta, El



Cabalgata de recién casados campesinos frente a la Posada de Ocu, con sus paredes hechas de árboles fósiles. Foto, Robert Stewart, 1963. Cortesía, Douglas y Gretel Allen.

Carnavalito, decidimos dejar el pueblo para no presenciarlo. Pensamos que la gente se alojaría, sobre todo cuando nos

dijeron que habría más dinamita, cohetes y fuegos artificiales.”

Retorno a Ocú

“El sábado desayunamos y partimos callados del pueblo antes que empezara un festejo. Subimos el valle por donde entramos hasta el cruce del nuevo camino. Aquí había muchas piedras calizas y exploramos unas cuevas. Varias cuevas grandes habían colapsado por los repetidos temblores que azotan la región. Colecté rocas calizas repletas de fósiles. En Macaracas recogimos la camioneta y llegamos a Ocú a las 6:15 p.m. Por primera vez en una semana gozamos un vaso de agua fría y un excelente helado de melón. Dormimos en una posada limpia, con comida limpia, una mesa limpia, platos y tenedores limpios.”

“Acabo de enterarme que requieren mis servicios en David, para trabajar en el nuevo puerto que allí hacen. También para iniciar el reconocimiento geológico de Rio Bayano y ayudar a diseñar una gran represa sobre este río para generar más hidroelectricidad.”

Así terminan las notas de Robert Stewart de su expedición al sur de Azuero, en 1963. En el próximo número de **EPOCAS** veremos sus observaciones sobre el antiguo volcán de La Yeguada, Veraguas.

Portada



El recordado Hospital Panamá. Estuvo situado en el barrio de La Exposición, donde hoy se encuentra el Edificio Hatillo. Fue demolido en 1970. En primer plano se aprecia el monumento al Dr. Alfred B. Herrick, fundador del famoso hospital. En 1966 la estatua fue trasladada a los predios del Ministerio de Salud, después Ministerio de Economía y Finanzas, frente a su ubicación original. Foto: Carlos Endara.

EPOCAS ES UNA
PUBLICACIÓN DE
ESTUDIO-MUSEO, S.A.

MARIO LEWIS MORGAN
DIRECTOR

APARTADO 083000430, ZONA 5
IMPRESO EN LOS TALLERES
DE EPASA,
SIN RESPONSABILIDAD
EDITORIAL.

60

MÁS DE AÑOS

DEDICADOS A LA SALUD PANAMEÑA

www.hospitalsanfernando.com